# Alejandro Krawietz (España). Poemas

Objekttyp: **Group**

Zeitschrift: **Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales**

Band (Jahr): **- (2003)**

Heft 2

PDF erstellt am: **25.05.2024**

**Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.
Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.
Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

**Haftungsausschluss**

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Ein Dienst der *ETH-Bibliothek*
ETH Zürich, Rämistrasse 101, 8092 Zürich, Schweiz, www.library.ethz.ch

**http://www.e-periodica.ch**

## Alejandro Krawietz (España)
*Poemas*

[La isla, su círculo en...]

La isla, su círculo en el negro centro del océano —*ideograma de lava en el albor del mundo*— como un camino abierto en el aire para el tiempo. Todo lo que nos muestra se detiene: esencia secreta que la mirada interior ha disimulado en el ojo, en la bondadosa mente que siempre dice *sí*. Los rectángulos irregulares de la sal, sobre las vetas doradas, casi negras. Piel extensa del tigre solar: *contráete, adénsate: fija la respiración de la playa en su vuelco sobre el mar.*

[Las mujeres de los pescadores...]

Las mujeres de los pescadores no tienen nombres griegos. Pero se llaman también Calliopi, Katina, Ieoana. De pie, en la arena, sobre el paseo, limpian el pescado. Una caja de madera, un cubo verde, un cuchillo de mango blanco —manchado de la sangre espesa y salada de los peces— y una bolsa de plástico en la que husmean los gatos. Alrededor, mujeres de luto, rostros arrasados por la escritura del tiempo, por el tapiz de las piedras y la intemperie. Ágora poblada por pañuelos negros sobre el cabello oscuro. Vigilan el ir y venir de las pesas en la balanza, negocian precios, pagan en silencio con piezas que toman de monederos fieramente estampados.

Hay agua sanguinolenta en el cubo.
Hay navajas agudamente guiadas.
Hay peces rojos sobre maderas oscuras.
Hay rosas de sal que estallan sobre el suelo de cemento.
Hay una niña de claros ojos que vuelve del mar con un cubo
cargado con agua transparente.

[TODO EN ESTA ISLA...]

Todo en esta isla, el sol.

En esta isla que se abre en el mar como el ojo de un cíclope, todo, es uno con la luz. El cuerpo: extenso como el desierto y la selva. Largo y amplio como el desierto y la selva. Transparente. Sus límites son límites de la isla o del ojo. Quicios de una puerta o una ventana. Las fronteras del ojo suspendidas en la orilla del aire.

[EN LA PLAYA, AYER...]

*En la playa, ayer, bajo un sol transubstanciado en aire, bajo un sol que era todo el aire, y ardía. En nada culminaba la quietud de las rocas, del mar inmóvil, de los cuerpos desnudos que pasaban, de cuando en cuando, ante la seca casa de cal blanca. Deseaba, en la piel, la inclemencia de ese aire ardido: la voz del sol, su grito, sobre la superficie extendida del cuerpo. Del libro hasta las rocas, y nuevamente al libro: ninguna distancia entre ellos: signos de una continuada lectura. No era capaz de distinguir el libro de la playa, o si todo era ya libro.*

[Los volcanes, las playas...]

Los volcanes, las playas, las terrazas, los pájaros, la selva, las retamas, los muros encalados, el jardín: en todo el mundo dice mundo. La forma se ofrece en el volumen de una piedra, en una sola rama, en todo un árbol.

No es que convocado por la palabra nombradora, el árbol, la rama caigan, rendidos a los pies del prestidigitador. Pero su sombra está allí, bajo las palabras y las mañanas del mundo, para albergar al hombre en el almendro hermoso de la mente.

[Esta es la tierra fértil...]

Esta es la tierra fértil. La tierra de las imágenes. La tierra abierta a lo visible hasta su fin. Y en las montañas los hombres esculpieron, en claras terrazas por las que gira el grito del sol, los surcos de un lenguaje hecho de hebras de luz y dioses. Escritos de los hombres sobre la pátina del mundo. Los renglones secretos, ofrecidos a los más altos seres, para que no se alejen, para que sigan ofreciendo a la tierra el regalo constante de su epifanía.

[La playa desierta...]

La playa desierta al mediodía, en estas horas en que la hoguera del sol hace crepitar de nuevo las cenizas en un incendio bajo y ligero.

El mundo dice mundo.

Y todo signo es signo de fuego sobre fuego.

La playa, extensa, negra, incendiada como un minarete de lapilli, zarandea las cosas. Las cubre con su cuerpo múltiple. Lo vuelve todo huésped en el templo aéreo de la luz.

[En la oblicuidad...]

En la oblicuidad de la luz el mundo dialoga con el mundo, y todo, en las securas del tiempo y de la tarde, es polvo, es tiempo y polvo.

[El *sol de los muertos*...]

El *sol de los muertos* en esa vocación del aire por ser fruto.
Alianza entre el aire y la visión: sosiego que se enseña a sí mismo hasta el silencio.

Viento de luz que nada esparce y que sólo mueve las ramas de las palmas en lo alto de las terrazas.

Tiempo de tregua en que los dioses destructores y los dioses constructores se sientan a la misma mesa para compartir el mismo pan robado a los hombres.

[En el atardecer...]

En el atardecer, aquí, en esta plaza en que lenguaje y ojo y muerte de acechan, la luz es la carne de las cosas. Todo es reunión, celebración de una verdad que se encuentra en el revés de las conquistas del tiempo. Desde lo alto de las terrazas, la respiración del barranco, del aire, del agua, de la luz vuelve, como si fuera para siempre, al fuego, al agua, al aire, a la tierra, una única materia interminable.

[Más tarde será tarde...]

*Más tarde será tarde y ya es muy tarde. Corred hacia el mar, muchachas, porque es este el último movimiento que la luz solicita. La última entrega.*

*Saltad, sin dudarlo, el vacío del barranco, la arquitectura interior de los bancales, las lentas y doradas dunas. Cruzad, en la penumbra del día ya vencido, la arena de la playa. Venced, entre sudores y jadeos, el farallón de tosca sobre el que golpea el mar. Y desde allí contemplad el cielo de Oriente, el mar de Oriente, oh amigas de un nuevo orden del mundo.*

*Y conjurad en vano el surgimiento oscuro del Caos.*

*Y arrancad los cabellos oscuros porque huye el sol de los muertos, no para siempre.*

*Noche de escamas y lenguas bífidas. Feliz noche del pez entre las aguas. Dragón oscuro que las lanzas del sol, si el llanto y las plegarias se escuchan, volverán a herir de muerte en la mañana.*